

Las fuentes como materia prima para la formación de comunidad política

Conflictos y acuerdos sobre lo real y lo ficcional

Hannah Beck, Jorge Estrada y Martín Prieto

■ Doi: 10.54871/ca24cp010

Introducción

Seleccionar y usar fuentes para elaborar saberes e incidir en asuntos siempre involucra suscribir determinados criterios de autoridad y autenticidad del testimonio. De la misma manera, evaluar y discutir críticamente la validez pública de una fuente es preguntar si esta garantiza un acceso intersubjetivamente aceptable a información fiable sobre la realidad común. En este sentido, las fuentes condicionan, organizan, y al mismo tiempo son organizadas y condicionadas por esa forma de lo público en tanto formación continua, provisoria y parcialmente abstracta, sujeta a umbrales variables y fabricada con informaciones que circulan desde los innumerables y recónditos ámbitos de producción de condiciones de vida. De este modo, tanto el uso como la interrogación crítica sobre las fuentes producen o reproducen un efecto normativo y una cierta distribución del poder, porque abre la expectativa de una respuesta sobre cómo creer, en quién confiar y qué hacer, determinando en último término la inclusión y exclusión de hablantes

y contendientes de lo comprensible o lo legítimo. Seguir el hilo del problema de la validez de las fuentes del saber, normalmente fragmentado por los límites formales que cada marco disciplinar plantea, nos lleva así al corazón de la vida en sociedad y al tema de estas reflexiones.

¿Cómo plantear de manera propicia la pregunta por la corrección epistémica de las fuentes a través de los distintos ámbitos y disciplinas en que surge? ¿Cómo aclarar las implicaciones prácticas de un conflicto epistemológico y las razones de las distintas posiciones al respecto? Lo que proponemos en este artículo no es una versión de estas preguntas que habilite una certera aproximación a una respuesta final, sino una arqueología de la pregunta misma; es decir, indagar en el trabajo normativo que se realiza, implícita o explícitamente, cuando se usan críticamente las fuentes en la producción de saber, en un intento de aclarar las condiciones y efectos de dicho saber. Rastreamos flujos entre los saberes disciplinares y los amplios imaginarios de la práctica social desde un abordaje interdisciplinar y transdisciplinar, mostraremos cómo distintos modos de lograr carácter epistémico para las fuentes implican un trabajo con la distinción entre lo real y lo ficcional-imaginario, el cual, a su vez, se imbrica con modos políticos de formación de comunidad. De esta manera la exploración se aparta de los presupuestos epistemológicos que en general dominan el problema de la validez de las fuentes, asumiéndolo lógicamente anterior al problema del orden social y político. El derrotero de esta tradición epistemológica revela lo contrario: cada paso hacia la disociación de lo político profundiza las asociaciones y los grises, dejando como saldo una pluralidad irreductible de marcos de validez igualmente legítimos, en exclusión o negociación constante. Así, la reducción racional tiende a generar menos una base paradigmática para el acuerdo y más un sostén permanente para el conflicto, un racionalismo agnóstico que nos arroja una y otra vez a las orillas de la praxis social.

En las siguientes páginas examinaremos desde tres perspectivas disciplinares la dimensión generativa, de recepción narrativa

e incluso la agentividad que siempre está involucrada en el trabajo con fuentes. Primero, hablaremos sobre la formación de relaciones entre credibilidad y factualidad en el pensamiento económico; después nos adentraremos en los mecanismos que hacen de las narrativas artefactos onto-epistemológicos; y, por último, sondearemos los caminos bajo las cuales la epistemología académica ha intentado formar condiciones normativas para el uso de fuentes con carácter epistémico socialmente vinculante. Sin intención de proponer un horizonte de síntesis final, estos aportes aspiran a ser complementarios solo en el sentido de perfilar diferentes facetas de un problema complejo y abierto.

El *homo narrans*: entre imaginación y economía real

Una de las características identificadas por el discurso antropológico para responder a la pregunta “¿qué es lo que define al humano como ser racional?” es el acto de narrar. Esta característica fue introducida por Walter Fisher con el término de *homo narrans* en la década de 1980 (Koschorke, 2012, p. 9; Shiller, 2020, p. 65). Según Fisher (1987, p. 62), narrar es un elemento arraigado en la naturaleza humana. El hecho de narrar no es solamente un rasgo distintivo de la interacción humana, sino que también determina la percepción e interpretación del mundo de cada uno. Como *homo narrans*, las personas forman y procesan la propia representación de su entorno, no solamente a través de observaciones o consideraciones racionales, sino también por medio del narrar historias creíbles (Koschorke, 2012, p. 9; Shiller, 2020, p. 65). La percepción y comprensión del propio entorno no podría realizarse de forma individual o singular, sino que requiere de una relación bilateral y recíproca en forma de un interlocutor y su retroalimentación. Recién con la reacción del interlocutor y su recepción de lo narrado se aprueba o niega el crédito de confianza dado a la narración y, después, al narrador. La interpretación del mundo es en consecuencia

una descripción genuinamente narrativa que establece relaciones narrando lo que percibe y, al mismo tiempo, traduce lo que sucede en el mundo a una forma inteligible (Koschorke, 2012, p. 10).

Las preguntas centrales que impone este narrar como aspecto que determina la interacción son: ¿Cómo afecta al propio acto de narrar la motivación de ganar credibilidad? ¿Qué función cumplen categorías como lo imaginario o lo real para el éxito de la narración? ¿Cómo están vinculados la credibilidad, lo imaginario y lo real?

Esto se discutirá a continuación tomando como foco el proceso de origen de burbujas económicas e indagando en qué es lo que motiva a inversores a especular y por qué se formaron repetidamente grupos de especuladores tan grandes a lo largo de la historia y de tal manera que los mercados financieros internacionales sufrieron importantes consecuencias negativas. La yuxtaposición de reflexiones de la narratología y de la economía conductual permite demostrar la hipótesis de este apartado, a saber, que la búsqueda humana de credibilidad motiva acciones narrativas (o no) y que por eso un análisis de funciones narratológicas sirve a su vez como modelo explicativo para entender acontecimientos económicos. Metodológicamente, el procedimiento descrito requiere una definición de la terminología compartida antes de que el procedimiento de operaciones elementales especulativas pueda ser abordado.

En lo que respecta a la economía conductual, se destaca sobre todo el trabajo del economista Shiller (2020), que no solamente identificó las narrativas que acompañaron los acontecimientos económicos importantes del siglo pasado, sino que también reconstruyó su difusión mediante aproximaciones teóricas epidemiológicas. Shiller (2020, p. 10) se enfoca, por un lado, en la tradición de la transmisión de boca en boca en la difusión epidemiológica de las narrativas y, por el otro, en el intento de actores o narradores de generar y difundir narrativas. Esto nos acerca a nuestro tema central, investigar qué es lo que determina el grado de contagio de una narrativa y qué es lo que define su validez y legitimidad como fuente.

Asimismo, los modelos epidemiológicos que Shiller (2020, p. 44) usa para perfeccionar pronósticos económicos nos conducen a una construcción epidemiológica de una comunidad, definido el término de comunidad como agrupación de personas que comparte saberes. Para poder entender la divulgación de la información, Shiller (2020, p. 45) propone analizar como punto de partida la propagación de infecciones bacterianas y virales como el caso de la epidemia del Ébola entre los años 2013 y 2015 en el occidente de África, sobre todo en Liberia. La transmisión de la infección se produce por contacto directo o por transmisión de aerosoles. En consecuencia, la tasa de contagio puede ser reducida a través de una reducción del contacto y el aislamiento de los enfermos. Mientras el número de personas que se contagian excede el número de personas que se ha recuperado o que ha fallecido, la epidemia continúa propagándose. Al contrario, esto significa que la epidemia puede ser erradicada si se consigue que el número de personas que se contagian es inferior a la cantidad de personas que ya no están enfermas.

Estos principios pueden ser aplicados, según Shiller (2020, p. 49), tanto a epidemias sanitarias como a epidemias narratológicas. En ambos casos la tasa de contagio tiene que superar la tasa de recuperación para que una epidemia se desarrolle. El contagio ocurre con disparidades regionales a través del contacto entre personas. En el caso de narrativas, sucede compartiendo fuentes, sea mediante la comunicación directa personal o indirectamente a través de los medios. Transfiriendo el modelo del contagio de infecciones a un modelo de contagio narratológico y a un modelo de distribución de narrativas, la tasa de recuperación se define por el descenso de interés o el olvido. Modelos como el *Kermack-McKendricks-SIR* de 1927 pueden ser usados para explicar teóricamente propagaciones epidemiológicas, por ejemplo, según este modelo una comunidad puede ser dividida en tres grupos: personas susceptibles (*susceptible*), personas infecciosas (*infective*) y personas recuperadas (*recovered*) (Shiller, 2020, p. 390). Cada vez que una persona susceptible encuentra a una persona infecciosa, la persona

susceptible puede contagiarse y convertirse en una persona infecciosa; en consecuencia, se puede observar que la tasa de contagio depende del grupo de personas susceptibles (Shiller, 2020, p. 391). En el marco de una divulgación narratológica, esto significa que el análisis se debe centrar en la pregunta ¿qué es lo que determina que el receptor sea susceptible a la narración?

Uno de los ejemplos de comunidad que se desarrolla con una dinámica de contagio de fuentes son las burbujas especulativas. En las narrativas que las rodean podemos ver cómo su función principal recae, más que en el contenido, en perfilar una manera de comprensión. Estas suelen relatar acontecimientos usando el evento como fuente para fortalecer la credibilidad del concepto que quieren transmitir (Shiller, 2020, p. 68). Por ello, el acontecimiento relatado no debe forzosamente responder a categorías como lo real o ficcional, aunque la factualidad, como destacan Shiller (2020) y Gess (2021), sea un aspecto central dentro del funcionamiento de la narrativa.

Estos postulados de la teoría de las finanzas conductuales explican por qué se pueden formar burbujas especulativas pese a una actuación motivada de manera realista y racional (Heim, 2013, p. 20). La probabilidad de que información falsa influya en decisiones crece y el grado de una supuesta racionalidad disminuye, cuando los individuos se orientan siguiendo a otros actores como si sus acciones y relatos al respecto fueran fuente de información y no una reacción tentativa e ideológica. Más que un saber, un alto nivel de comunicación intracomunitaria es el mecanismo central que hace que el intercambio de información funcione. Los actores, a causa de las nuevas dinámicas, pueden ser atraídos hacia reacciones contrarias a la información provista por indicios válidos. Los efectos de un comportamiento gregario (*herding*) y de una sobrerreacción (*overreaction*) van acompañados de una actitud fuertemente optimista (*optimism bias*) que conduce a evaluar de manera positiva tanto las consecuencias potenciales (Heim, 2013, p. 20) como la propia decisión. El hecho de que las conjeturas sobre lo que podría

ser influya significativamente en los acontecimientos de los mercados financieros ha sido demostrado en descripciones históricas de transacciones bursátiles, en donde los hechos no se cristalizaron como producto definitivo de toma de decisiones, sino que surgieron de las expectativas sobre hechos que quizás ocurrirían en el futuro (Vogl, 2010, p. 155). Esto significa que las compras representan una realización de ingresos hipotéticos, futuros, de manera que el nivel de inversión no puede ser entendido como representación de precios en el momento en que fueron realizados, sino como visualización de los precios previstos en el futuro o, dicho en términos narratológicos: “Fact follows fiction” (Koschorke, 2012, p. 23). La narración entonces no se limita a ser una representación, imaginaria o no, de hechos, sino que evoluciona en un guion que puede determinar comportamientos y percepciones. De esta manera, las narraciones pueden crear productivamente contextos interpretativos que a su vez pueden formar las bases para desarrollos o acciones reales. La especulación no puede, entonces, analizarse como consecuencia originada desde el mercado, sino que es uno de los aspectos inmanentes relativo a decisiones económicas y consecuentemente un factor generativo del mercado.

El planteamiento de Shiller se puede enriquecer y complementar con las reflexiones narratológicas de Koschorke (2012) respecto a la organización a nivel de estructuras narrativas. Según Koschorke las narrativas transmiten sus mensajes centrales manteniéndose flexibles con respecto a sus componentes individuales gracias a un “esquema” (Koschorke, 2012, p. 30) que conecta los elementos de una narrativa de dos maneras: con una organización secuencial que permite solamente y de manera muy limitada omitir o cambiar algunos elementos dentro de la narración sin comprometer su funcionamiento, y otra organización horizontal-secuencial y taxonómica que ofrece la posibilidad de cambiar elementos de manera independiente sin que por ello la estructura general esté en peligro (Koschorke, 2012, p. 30). La coherencia de la narrativa se mantiene independientemente de la articulación exacta de sus componentes.

La selección que se realiza de los elementos es la que apoya el mensaje de la narrativa. Aquí es importante destacar que este proceso de selección recurre principalmente a dos técnicas de reducción de la complejidad. Primero, tenemos expectativas de familiaridad con las que el narrador integra implícitamente la actitud del receptor en la estructura de la narración; en segundo lugar, la narración es adaptada también mediante el proceso de recepción cuando no se corresponde con las expectativas del receptor (Koschorke, 2012, p. 29). Los receptores se apropian de la narración, cambiándola y adaptándola conforme a sus experiencias y expectativas. De esta manera la superposición de la estructura se conserva en todo momento, aunque algunos elementos sean cambiados u omitidos (Koschorke, 2012, p. 30).

Ambos factores se encuentran en heurísticas que fueron definidas en el ámbito de la teoría de las finanzas conductuales y en el marco de la pregunta por la percepción de probabilidades (Heim, 2013, p. 36). ¿Qué es lo que provoca errores en la estimación de probabilidades o riesgos?

La información que no se corresponde con la propia posición o perspectiva se descarta preferiblemente mediante el proceso de selección (Heim, 2013, p. 36). En este proceso las personas buscan información que apoye las decisiones después de que dichas decisiones fueron tomadas (*confirmation bias*). En conclusión, tanto el orden como la selección de información recurre a criterios subjetivos para orientarse (Heim, 2013, p. 36), lo cual fomenta un efecto de comportamiento gregario-dominante. Pero no solamente las experiencias y la posición del receptor influyen en la narración y la percepción de esta, sino que también la manera de contar y el contexto en el que se transmite lo narrado (*framing bias*) influyen en cómo se entiende y procesa el contenido. Factores como la terminología, los colores o el orden en el que se presenta la información influyen en la percepción del destinatario.

Las tres heurísticas, la percepción selectiva, la heurística de la confirmación y el efecto de la presentación, pueden afectar el

grado de objetividad y fomentar una precepción distorsionada. Estos métodos de reducción de la teoría de finanzas conductuales son comunes en las narraciones transmitidas oralmente. El grado en el que se difunden narraciones en general y narrativas en particular está determinado por su capacidad de adaptación. La habilidad de reproducirlas, de narrarlas, determina de qué manera y con qué intensidad se pueden solidificar (Koschorke, 2012, p. 33). De esta manera, se puede ver cómo los resultados de los análisis de transmisiones orales coinciden con los de estudios experimentales sobre el proceso de toma de decisiones en la economía. En ambas áreas los métodos de selección, adaptación y reducción no cambian el mensaje, aunque cambien sus elementos. Las narraciones en forma de historias singulares están determinadas por experiencias individuales y por influencia cultural por parte del emisor y de su receptor y, al mismo tiempo, pueden ser fusionadas las diferentes narraciones en la misma narrativa superpuesta (Koschorke, 2012, p. 35).

Las dificultades surgen en el contexto de transmisión de informaciones verificadas. Debido al carácter de la tradición repetida, los narradores no se encuentran en una posición que les permita identificar las fuentes o revisar la información, situación que puede ser comparada con la difusión de rumores (Koschorke, 2012, p. 35). La veracidad de la narración no puede ser comprobada, sino que se confirma simplemente por la coexistencia con otras narraciones y, así, se legitiman recíprocamente. Esto permite a las “verdades a medias” (Gess, 2021, p. 36) implantarse como partes cruciales en la narración. En el entorno de las verdades a medias, la distinción entre lo real y lo ficcional no contribuye de manera significativa al éxito de la narración. Lo que determina el éxito es, por un lado, la coherencia narrativa y, por el otro, la capacidad de crear un consenso (Gess, 2021, p. 8).

Decisivo para la credibilidad de lo narrado es la narración en sí misma, su estructura y el poder de persuasión, no la veracidad de su contenido. Esto no significa que la realidad no importe en el

marco de la narración de una verdad a medias. Central para la difusión de la narrativa es el juego con la verdad, es decir, la producción de su propia credibilidad a través de la integración de elementos fácticamente correctos, como por ejemplo acontecimientos que establecen una referencia a la realidad perceptible por el receptor. La referencia intraestructural entre los elementos constitutivos de la misma narración cambia el enfoque de pruebas y fuentes desde un modelo de correspondencia entre la narración y la realidad extranarrativa hacia una correspondencia interna a la narración. Esto alimenta los fundamentos de su propio esquematismo y, en consecuencia, la coherencia de la narración domina la percepción y la credibilidad resulta autogenerada (Gess, 2021, p. 32) e independiente. En el enfoque en la credibilidad como factor que une al grupo de narradores y receptores, la distinción entre lo real y lo imaginario se vuelve obsoleta. Las narrativas como estructuras se desarrollan sobre base de elementos individuales y subjetivos, determinados por improntas culturales y anclados al mismo tiempo en comunidades culturales.

Artefactos ficcionales y *agon* en la literatura posmoderna

Como este anclaje en comunidades no solo responde a una reiteración y afirmación de contenidos, valores e ideologías, sino también al poder persuasivo de una construcción coherente y esquematizante, resulta entonces pertinente indagar en las narrativas como artefactos con capacidad de distribuir –diría Rancière– lo sensible, sus espacios, el trabajo y, por ende, el acceso a la “polis” (2000, pp. 12-13). Este potencial de redistribución de las narrativas resulta incluso más relevante si consideramos que vivimos enredados en todo tipo de relatos, entre mitos fundacionales o literatura menor que desterritorializa un lenguaje cotidiano e imperial desde los márgenes (Deleuze y Guattari, 1986, pp. 6, 18, 26). Es así que los relatos, ya sean fragmentarios o tengan el alcance fundante y ordenador del

mythos, sirven al *homo narrans* como fuentes para el imaginario y, al mismo tiempo, implican un trabajo con fuentes, es decir, prácticas de selección, reordenamiento y reproducción.

El vínculo entre estas prácticas y el horizonte hermenéutico que despliegan las narrativas puede parecer difuso. Sin embargo, uno puede abordar el efecto fundante de los relatos enfocándose en un imperativo que resulta revelador por ser hoy en día lugar común: controla la narrativa (*control the narrative*). Este anglicismo, calco no idiomático de un lenguaje global, quizá nos hace pensar en un medio o herramienta con que dominar pasado y futuro, pero también existen otros usos que llevan de lo hegemónico a lo personal y recomiendan: controla *tu* narrativa. Estas frases ponen de relieve la plasticidad de las narrativas y ese juego perspectivista en el que medios e ideologías se entrelazan (Appadurai, 1996, pp. 33-36). Las narrativas –a veces producto de ingeniería– no necesitan integrar y actualizar un horizonte trascendental de gran relato para seguir manipulando o negociando ese entrecruzamiento autofundante entre fuentes y comunidad.

Esto quiere decir que relato o narrativa se entienden aquí como la unidad mínima para expresar una acción sin necesariamente darle cohesión, pues no nos interesa cómo las narrativas fundan lo inteligible al concatenar un evento tras otro y proyectar una relación causal que se asume verosímil (Ricœur, 1983, p. 85), o cómo los relatos comprueban con un proceso narrativo una postura ética que lidia con normas y valores (Ricœur, 1990). Lo que nos interesa se encuentra en la dirección contraria de esas metas trascendentales. Deseamos abordar los relatos que trastocan o “carnavalizan” un orden (Bajtín, 2005) e incluso llegan a incluir expresiones contrapuestas de un conflicto siempre irresuelto, y reflexionar sobre qué se entiende como fuente de una narrativa. ¿Puede un artefacto narrativo dramatizar el conflicto en sí mismo y desarrollar una reflexión metanarrativa sobre la interrelación entre lo conflictivo y la fundación de una comunidad?

Hablar de un artefacto permite poner de relieve la capacidad de un texto narrativo de moldear imaginarios al apelar a su comunidad de lectores. Pensados como artefactos, los textos narrativo-literarios tienen el potencial de desplegar diversas facetas de un evento o polémica y de replantear los esquemas que hacen visible y definible dicho conflicto. Esto es posible porque, como explica Schaeffer, los textos literarios apelan o incluso se acoplan a nuestros recursos atencionales y repertorio común de experiencia, y recombina la interrelación entre expectativa, atención, experiencia y emoción de manera singular, como si se tratara de una epifanía narrativa joyceana en la que trama y construcción del personaje complotan para expresar un momento de certeza interior a la narrativa (Schaeffer, 2015, pp. 12, 18). Este evento inmanente de un artefacto narrativo no apela a un esquematismo que postule las condiciones de posibilidad de la experiencia, sino que reorienta los recursos cognitivos y presenta un objeto del saber en dos sentidos (Schaeffer, 2015, p. 25). Por un lado, los textos tienen una historia causal y genética, esa planeación y realización que la ecdótica estudia; por el otro, tenemos un texto como artefacto cultural que se articula con elementos finitos y con una densidad semántica no finita (Schaeffer, 2015, pp. 42, 54). Al estar altamente codificado, el artefacto narrativo adquiere una densificación atencional que maximiza las posibilidades de diferenciación, pues, en contraste con la vida diaria, la experiencia estética permite adentrarse en lo granular y discontinuo de la percepción y traer a la luz una hipersaturación que rompe con los esquematismos (Schaeffer, 2015, pp. 56, 58). De esta manera, los artefactos desautomatizan hábitos de selección, reproducción, duplicación y transmisión de fuentes. Digamos que los elementos de una composición no necesariamente saturan un mundo y refuerzan su cohesión y homogeneidad, sino que pueden ser elementos disociados, incluso en pugna, porque implican mundos posibles o ficcionales en los cuales el esquematismo que los trajo a la luz cae en un juego de variaciones en lugar de simplemente reafirmarse. El artefacto puede incluso adquirir tal densidad que

sus espacios de indeterminación no pueden rellenarse automáticamente con las expectativas del lector, sino que los vacíos fomentan cambios atencionales y de focalización; su lenguaje no transmite lo simbólico, se vuelve más bien tentativa de reencantamiento de la realidad (Schaeffer, 2015, p. 52).

Esta idea de experiencia estética indica que las convenciones estéticas son fuentes con las que los textos trabajan, ya sea para reafirmarlas al subsumir un evento por medio de la composición de una trama o para poner al desnudo las prácticas que un régimen representacional implica y así traer a la luz el conflicto interior a su lenguaje. Este conflicto resulta evidente si pensamos en relatos con el multiperspectivismo narrativo de la literatura posmoderna (McHale, 1992, p. 54), y que además pugnan por revivificar la historia.

Un primer ejemplo de este tipo de literatura es *La forma de las ruinas* (2015) del escritor colombiano Juan G. Vásquez. Esta novela presenta eventos históricos, como la muerte del candidato presidencial Eliécer Gaitán en 1948 y las subsecuentes protestas, pasándolos por el tamiz del relato policial posmoderno y con una cierta paranoia que juega con mil inicios y desestabiliza el realismo. Otro ejemplo similar sería *2666* (2004) del chileno Roberto Bolaño, quien se dedica en una de las cinco partes de esta novela a relatar los feminicidios de Ciudad Juárez en la década de los noventa. Tras enlistar causas sociales, políticas, individuales e imaginarios sociales, el narrador de Bolaño termina por dismantelar el realismo y revelar sus inclinaciones forenses. El realismo forense hace de la muerte el producto de una “excavación” del saber, algo necesario para una perspectiva que se asume factual y solo reproduce y duplica los prejuicios internos al conocimiento, los pre-juicios que buscaba de antemano y estaban presupuestos en sus preguntas (MacCormack, 2009, pp. 73-76).

Que esta literatura abocada a la historia proyecte mundos factuales y contrafactuales nos permite identificar otro tipo de fuente, es decir, el andamiaje nocional al que recurrimos para trazar

planos y después postular mundos ficcionales. Lo ficcional es una función primordial de este artefacto que captura o juega con la atención. Por eso podemos abordarlo también como un dispositivo ficcional y así dar un giro ontológico a las representaciones textuales de un conflicto. Si pensamos lo ficcional siguiendo a Wolfgang Iser, se trata de un acto de fingir que selecciona y combina sistemas de referencia, e implica un doble movimiento: irrealiza lo real y da realidad a lo imaginario (Iser, 1993, pp. 23-24).

El acto de fingir atraviesa fronteras nocionales, pues en muchos casos lo fingido no se deriva en su totalidad de una realidad que se está repitiendo, sino que esa realidad se fusiona con lo imaginario, lo cual toma forma y figura en el texto (Iser, 1993, pp. 20-21). Por eso, Iser sustituye la tajante separación entre real y ficción con la triada de lo imaginario, lo real y la ficción, y plantea la ficción como el producto que da cuerpo a lo imaginario al unirlo con lo real (Iser, 1993, p. 18), al interrelacionar diversos sistemas discursivos y de referencia. El acto de fingir puede así hacer el mundo legible incluso más allá de lo factual.

El fingir no reproduce lo que es, sino que trabaja con una red de relaciones y las trastoca de tal manera que lo representado surge de este juego relacional (Iser, 1993, p. 29). Gracias a este desplazamiento diferencial que re-determina los parámetros de lo reconocible en el mundo, una perspectiva narrativa puede escapar de cualquier estabilidad anquilosante, por ejemplo, no requiere un inicio/origen para contar/entender un evento histórico, como en la novela de Vázquez, ni necesita identificar una sola causa para un fenómeno sociohistórico multifacético. Este juego relacional puede revelar, como es el caso de los feminicidios de 2666, el poder “necropolítico” (Mbembe, 2011, pp. 177-188) que administra la muerte y despliega una idea de poder como captura y canalización de intensidades.

Estos ejemplos muestran cómo el acto de fingir postula condiciones de lo posiblemente imaginable (Iser, 1993, p. 34) y por eso sobrepasa un perspectivismo que se asume como un movimiento dentro de un espacio cartesiano común y siempre igual para toda

persona. Al hacer reconocible lo imaginable, los dispositivos ficcionales tienen como fuentes un andamiaje nocional que revela y al mismo tiempo postula modificaciones del mundo. En algunos casos esto se observa en los intentos de extrapolar y aplicar a una narrativa ya sea un enciclopedismo que tiende a catalogar y conceptualizar, o un positivismo que haga surgir lo fantástico (Todorov, 1981, pp. 36-38), o incluso el racionalismo del *Bildungsroman* que presupone la capacidad agencial de desarrollar estrategias para mediar entre yo y el mundo social con una dialéctica hegeliana (Althaus, 2003, pp. 1-55). El acto de fingir muestra el poder autofundante de lo imaginario, así como la circulación de relatos que median y son mediados por una sociedad (Iser, 1993, pp. 356-358). El fingir revela como fuente la plasticidad que permite un juego imaginativo con sistemas referenciales.

Al caracterizar un texto como artefacto que involucra nuestra atención y como dispositivo ficcional que expresa lo imaginario es posible ver cómo las narrativas posmodernas tienden a desafiar la autoridad y legitimación al trabajar con fuentes de una forma desautomatizadora. Al atravesar por medio de sus estructuras heterogéneas una idea normativa de fuentes y una epistemología realista que presupone la duplicación de lo real, las narrativas posmodernas parecen transformar el realismo en una pregunta sobre el poder y su vínculo con las fuentes del saber.

Los mitos fundacionales ejercen violencia epistemológica y ontológica con la palabra cuando instauran un horizonte de inteligibilidad. Esa es la violencia mítica para Benjamin (1964, p. 59). Este tipo de violencia es quizá parasitaria de y al mismo tiempo opuesta a catástrofes históricas, es decir, catástrofes con agentes culturales y políticos que minan la propia continuidad de la que surgieron. Las catástrofes históricas ponen en tela de juicio la hegemonía, y al narrarlas uno puede intentar restaurar un orden, desplegar un conflicto de manera paranoica o proponer una visión reparativa o conciliatoria (Sedgwick, 2003, p. 128). Pero en todos los casos uno se está sumergiendo en las turbias y nunca calmas aguas de la historia,

como las dos novelas que sirven aquí de ejemplo y que difícilmente pueden llamarse históricas por su alta carga metanarrativa y su intertextualidad que desvanece cualquier vínculo referencial. Ambas novelas ponen en escena o despliegan formas posibles e imaginables de negociar los hechos de una catástrofe histórica sin buscar la legitimidad de la cohesión narrativa.

El motor de estas novelas es un *agon* como ética del conflicto, el cual busca entender en medio de la imposibilidad de una reconciliación y también modificar lo hegemónico, pues no se trata de explicar o subsumir una catástrofe a la visión hegemónica reinante, diría Mouffe (2013, pp. 9, 15). Las constantes modificaciones del multiperspectivismo narrativo evitan entonces que una postura hegemónica –esquematismo que implica condiciones de posibilidad– se expanda y persiga hasta sus últimas consecuencias los principios que usa para hacer legible el mundo y para plantear mecanismos de exclusión e inclusión (Mouffe, 2013, p. 4).

El movimiento perpetuo es justamente lo que evita que el *agon* se torne en ese antagonismo siempre presente que termina en aniquilación; el movimiento negocia con lo hegemónico al desplegar conflictos con narrativas que no siguen un orden temporal lineal ni un orden causal, sino una acumulación y contraposición de posturas. Esta negociación, no obstante, no se desarrolla necesariamente en condiciones simétricas, sino que se enfoca en lo singular de una catástrofe histórica y lo hace de una manera relacional que disuelve la idea de autonomía racional y su autoridad.

De esta manera, el *agon* se perfila como forma de organizar fuentes con una imitación reiterativa de eventos y acciones, y presupone el potencial, tanto de un artefacto textual como de un dispositivo ficcional, de dramatizar dinámicas culturales y desplegar un conflicto, pero sin resolverlo, sin suplantar un poder por otro, poniendo más bien al desnudo cómo la forma de hacer legible un mundo entrelaza en el mismo proceso lo que se vuelve identificable con la comunidad que lo identifica. La recepción de un relato y su juego atencional crean su propia comunidad por medio de la

forma en que se compone la trama, ya sea un *agon* en constate negociación o una perspectiva única que busca reafirmarse y crear un acuerdo sobre el mundo y sus fuentes.

La epistemología y sus fuentes, entre la realidad y la construcción

La conflictividad que rodea al uso de fuentes como elementos de juicio tiene que ver con el hecho de que la realidad que quieren representar –y por extensión también su contrapeso, la ficción– es la categoría de mayor carga normativa del lenguaje; todo discurso que logre autoridad sobre ella ganará influencia estructural sobre las mentes y las conductas. Dada la diversidad de interpretaciones que compiten por ensamblar la realidad común, siempre que usemos fuentes con alguna pretensión epistémica estaremos obligados a impugnar otras, y por lo tanto a asumir posiciones epistemológicas sobre su capacidad de otorgar acceso intersubjetivo a aquello que *es* y que debemos tratar como límite y condicionante externo a la capacidad transformadora de la agencia humana, o contrariamente, como construcciones meramente ficcionales: condicionantes privados, distorsiones o fantasías artísticas.

La necesidad de gestión continua del conflicto de interpretaciones se debe a que la realidad nunca se nos presenta a todos directamente y por igual, y sin embargo toda comunidad *debe* recomponer una realidad pública unificada para organizar su desarrollo como tal. De ahí la distinción convencional entre fuentes primarias, aquellas que expresarían de manera más directa y fiel un hecho o pensamiento original, y secundarias, aquellas que se basan o interpretan a las primarias. Las fuentes secundarias, como mecanismos de circulación y mediación a gran escala de la infinidad de reportes cognitivos sobre la realidad, son esenciales para el desarrollo de estructuras interpersonales, pero solo en tanto estén asociadas a normas de fidelidad y jerarquización. Toda descripción de la realidad

contiene implícitamente un uso prescriptivo de los distintos niveles de fuentes y toda descripción mediante fuentes contiene un uso prescriptivo de los distintos sentidos de realidad.

Por esto, los problemas y conflictos de validez en el uso de fuentes –ya sean conductas narrativo-económicas o artefactos literarios– pueden ser elucidados desde otra práctica, la de la gestión epistemológica de la realidad común. Esta práctica adquiere una peculiar intensidad en sociedades de base política pluralista, y dado que parte esencial de la gestión es organizar la estructura del problema mismo, aquí el trabajo de la disciplina filosófica, en tanto discusión organizada sobre cómo interpretar el conflicto de interpretaciones, es especialmente revelador.

Una tarea de la filosofía del conocimiento público, o epistemología, es establecer distinciones y vínculos esclarecedores entre lo real y lo construido, llevando el problema epistémico de las fuentes (qué parámetros explícitos deben gobernar la construcción de las fuentes primarias tal que las secundarias se puedan sujetar válidamente a ellas) a un nivel radicalmente transdisciplinar, y reclamando por lo tanto algún nivel de enunciación propio y fundante, autónomo.

En este sentido, *filosofía* es el nombre de un lugar o una expectativa que la sociedad abre naturalmente por el efecto reflexivo de sus conflictos. Constantemente en la circulación social de conocimiento distintas fuentes se contradicen en el contenido (por ejemplo, al respecto de si un fenómeno es real y, de serlo, si es dado o construido); este desacuerdo lleva a cuestionar la integridad de esas fuentes y a examinar si los grupos que las defienden construyen subjetivamente sus propios estándares de validez sobre la realidad o si están acatando estándares objetivamente válidos, lo que a su vez trae otras fuentes en conflicto acerca de la validez de las fuentes, y así recursivamente.

Por eso, cuando intervenimos con fuentes en asuntos de realidad y construcción no abrimos uno sino dos niveles, y dos problemas, en relación recursiva: el problema teórico de si una diferencia

entre realidad y construcción es real o construida, y el problema práctico de cómo investigar comunitariamente las investigaciones con pretensión de autoridad acerca de la realidad común. Desde el punto de vista del ideal, ni bien se intenta ganar autonomía de un lado para dar estructura teórica al problema, el dilema se vuelve a meter en la arquitectura de tal formulación por el otro, perdiendo autonomía. De este modo la relación de la enunciación filosófica con los fundamentos de la normatividad resulta sintomática de la relación de la comunidad pluralista con el conjunto de normas que la ordenan; ambas aparecen ambiguas y paradójicas.

El peligro concreto detrás de la famosa circularidad en los razonamientos es que torna la gestión de lo real altamente vulnerable al engaño, la arbitrariedad o el escepticismo. Y esto inevitablemente degrada o anula la dinámica política, porque *toda* pretensión de legitimidad para los acuerdos o desacuerdos que ordenan las intervenciones en la realidad común parece disolverse en alguna relación originaria de violencia autoritaria de un grupo sobre otro. Comprender las condiciones y consecuencias normativas que tiene el uso epistémico de fuentes, y los efectos de poder que supone defenderlas o impugnarlas bajo el manto de la experticia, exige iluminar mejor el enredo en el que nos pone este dilema. No para eliminarlo –porque las fuentes son necesarias, ineliminables–, sino para distinguir dentro de esta recursividad círculos viciosos inmóviles y círculos dialécticos móviles.

A continuación se presentan como ejemplo dos corrientes filosóficas de mucha significancia histórica, no tanto para discutir si sus estrategias nos llevan a comprensiones más fundamentales del vínculo entre las fuentes y la realidad, sino para indagar lateralmente en el trabajo performativo involucrado en el proceso de investigación y enunciación de tales estrategias: qué movimientos y bajo qué condiciones tiene que realizarse una indagación epistemológica para asumir el problema de las fuentes del saber con sentido y eficacia, y trasladar esto a la sociedad.

La primera es la llamada *revolución* –palabra que literalmente significa “dar vueltas”– cartesiana. Su racionalismo moderno sigue a la filosofía platónica-aristotélica en la idea de que el orden en la interpretación se logra a través de una purificación intelectual donde sería posible alcanzar enunciados verdaderos que no se apoyen en ninguna fuente abierta al conflicto abismal e irreversible de interpretaciones; de ahí la desconfianza en los sentidos, la memoria, las creencias previas o testimonios como fuentes primarias de conocimiento. Pero Descartes famosamente invierte la dirección de la metafísica griega y cristiana, apoyada en premisas ontológicas, y supone que el problema de la estructura objetiva de la realidad se reduce al problema de la estructura subjetiva que tiene su reconstrucción epistemológica. Esta reconstrucción no debe tener fisuras ni sesgos, y por lo tanto debe eliminar toda premisa derivada de discursos y fuentes que carecen de bases autoevidentes, independientemente de la autoridad social que tengan.

En sus *Meditaciones*, Descartes desarrolla la forma de su argumento a través de la forma vivencial de investigación: “me he procurado un reposo tranquilo en apartada soledad, con el fin de dedicarme en libertad a la destrucción sistemática de mis opiniones [...]” (1975, p. 47). En el clímax del proceso introspectivo, Descartes encuentra la fuente primaria de todas las fuentes epistémicas: esa misma conciencia descorporeizada que es capaz de investigar cómo investiga y cuyo resultado natural coincide exactamente con una realidad objetiva, la de sus propios estados mentales. La circularidad se corta así en un individuo pensante radicalmente escéptico y radicalmente aislado, pero con un ítem de información seguro en su poder.

Como a Descartes le interesaba menos la psicología que la programática social, su descubrimiento carecería de valor epistemológico si esa conciencia ordenada no pudiese conectarse a otras conciencias investigadoras en la reconstrucción públicamente ordenada y vinculante de la realidad. Los aspectos políticos de esta tarea se introyectan y reversionan como un problema de metodología,

y así los argumentos sobre el funcionamiento pacífico y eficaz de una comunidad de conocedores –afianzado por los principios matemático-científicos que él defendía– se extendían naturalmente a las instituciones de gobierno de una comunidad política –una formada bajo los principios positivos del individualismo secular–.

Más allá de su influencia histórica, la potencia fenomenológica del descubrimiento cartesiano ha resultado muy débil normativamente. Su estrategia de radicalización de la individualidad como modelo para una epistemología social pierde dimensiones intrínsecas de lo colectivo, abriendo una grieta irreparable en el argumento. Siglos después, los pragmatistas como Peirce ([1868] 1988), Wittgenstein ([1953] 2004) y Mead ([1934] 1972) mostraron respectivamente que toda duda real exige un marco mayor de creencias acríicas, que el fenómeno del significado de los enunciados es irreductiblemente social y que en la configuración del yo ya está codificado un *otro*. En un examen genealógico, Foucault ([1980] 2016) muestra que esa conciencia que se examina y se descubre a sí misma no está revelando un dato puro y universal, sino que tiene una historia emparentada a las técnicas de vigilancia desarrolladas por la confesión cristiana.

Tres siglos después de aquella revolución cartesiana, la reflexión epistemológica tiene en el neopositivismo del Círculo de Viena otro punto de inflexión. Los intelectuales del Círculo se lanzan a la conquista de los imaginarios sociales en un contexto intelectual y político convulso, marcado tanto por una hegemonía de las ciencias en el pensamiento europeo liberal y socialista, como por el ascenso de movimientos antidemocráticos de masas asociados a corrientes académicas metafísicas. Ante la creciente hiperespecialización, fragmentación y esoterismo de las disciplinas científicas, los intelectuales del Círculo fundan la primera agenda integral de filosofía de las ciencias desde la apuesta, nuevamente, de que alguna forma de ciencia secularizada debe ser el estándar de orden en el conocimiento, y nuevamente también el problema de la realidad y la construcción de sus fuentes se encuentra en el centro del desafío.

La innovación crucial del Círculo fue, invirtiendo a Descartes, haber asumido que el problema de cómo comunicamos conocimientos no es diferente y posterior al de cómo los justificamos. Para ellos, los medios comunicativos donde los datos experimentales estarían más eficazmente sistematizados eran los textos científicos. La dificultad no está en su aspecto cognitivo, sino en el epistemológico, porque los públicos a los que los grupos científicos responden no disponen de una forma segura de controlar la correspondencia estricta de las interpretaciones mediatas y esotéricas de estos (las inferencias, conclusiones, proyecciones) con las evidencias inmediatas y localizadas que ofrece la realidad empírica. Para una posición neopositivista, el problema se origina en la incapacidad de diferenciar claramente entre los enunciados que portan información sensorial-experimental (estados físicos/fenoménicos observables), los que portan información teórica, y los pseudoenunciados (aquellos que no refieren claramente a información empírica alguna). Esto tiene como consecuencia una ciencia potente pero todavía intersubjetivamente difusa y democráticamente ilegítima, permeable a la filtración de sesgos metafísicos, elitistas y personalistas.

“En la ciencia no hay ‘profundidades’” –escribe el Círculo en su manifiesto de 1929–, hay superficie por todas partes” (Carnap et al., [1929] 2002, p. 112), sugiriendo que la tarea epistemológica, en lugar de disciplinar una racionalidad más originaria que los textos, la de la mente, se debería ocupar de disciplinar los textos mismos. El único problema legítimo alrededor de la realidad común es cómo debería ser la estructura lingüística de la fuente, es decir, cómo debería estructurarse lo que puede ser expresado en términos de interpretación de modo que exista siempre una práctica intersubjetivamente precisa e igualitaria de verificación. Para el Círculo de Viena, esta estructuración no puede llevarse a cabo desde el lenguaje cotidiano y natural, como el que usaba Descartes para realizar sus investigaciones introspectivas, sino desde un lenguaje técnico, que pueda circular y decodificarse sin error, ambigüedad o manipulación.

El instrumento que eligieron y refinaron para la reconstrucción de todo texto con pretensión epistémica sobre la realidad fue el lenguaje de la lógica formal, particularmente sus estructuras proposicionales mínimas. Solo habría ciencia y metaciencia: elaboración de teorías, traducción de toda teoría y reporte cognitivo a este lenguaje de referencia, separación de los residuos no verificables, contrastación experimental, y eventualmente rectificación del metalinguaje. Solo de esta manera se cortarían el círculo vicioso entre lo real y lo construido; y se reduciría el elemento narrativo en el conocimiento, y sus oscuras regiones desde donde se la controla, a un mínimo inocuo. Todo lo que no es ciencia sería metafísica, una ficción que “no proporciona ninguna representación, sino una expresión; no proporciona teoría ni comunica un conocimiento, sino poesía o mito” y “el medio adecuado de expresión para ello es el arte, por ejemplo, la lírica o la música” (Carnap et al., [1929] 2002, pp. 112-113).

A pesar de la diversidad de enfoques que caracterizaba a este programa, y de los muchos matices y riquezas que ofrece, el proyecto original del Círculo languideció ante sus múltiples irresoluciones y encierros, especialmente en lo relativo a sistematizar un lenguaje artificial de conocimiento que no permita la filtración de sesgos personalistas y cuya misma sistematización no incluya ya sesgo alguno.

Al admirar el fracaso de proyectos igualmente expansivos pero teóricamente contrastantes, como el cartesiano y el neopositivista, lo interesante es descubrir el trabajo subyacente que realizaron al hacer epistemología en el corazón del problema de las fuentes. En este sentido, el impulso de todo programa epistemológico parece ser una respuesta de orden (por transformación o conservación) a gran escala frente a un contexto hostil, respuesta que introduce en la racionalidad del conocimiento movimientos tomados de, y a su vez que vuelven a impactar en, las bases políticas formativas de una comunidad.

Así la obra epistemológica de Descartes contiene entre líneas una obra política. El hallazgo de la primera fuente de conocimiento, que significaba una salida pacífica al sangriento conflicto de las interpretaciones sobre lo real y lo construido (i. e. lo natural y lo convencional, la autoridad y el autoritarismo), implicaba también la refundación social por las instituciones y el imaginario del individualismo liberal. En el caso del Círculo, las áridas páginas de bosquejos lógicos constituían una respuesta extremadamente sensitiva y estructural al opaco avance de elementos antidemocráticos en las repúblicas europeas.

Su programa de centralización y ordenamiento de la expresión cognitiva, y la construcción de ese lenguaje que mantuviera las actividades de conocimiento en la superficie, significaba una definición del rol de los expertos en la conducción social basada en principios del poder democrático (al menos, tal como este se interpretó desde las premisas del liberalismo político de la Ilustración). Esa superficie que se lograría a partir de la reforma del lenguaje es, ni más ni menos, la metáfora de lo que es por todos accesible, comprensible y vigilable independientemente de su situación de clase. Entre las imperfectas fuentes cognitivas de validación de contenidos, ninguna parecía menos elitista, sujeta a diferencia en el acceso a la educación y alterada por las ideologías que aquel dato inmediato que se recibe por los aparatos perceptivos. Cada producto de conocimiento filtrado de esta manera podría situar a todas las personas en un punto equidistante en la relación de poder formada alrededor de los discursos de la verdad.

En ambos casos, la propuesta epistemológica ingresa en el contexto de tensión política a través del problema epistemológico de lo real y lo construido, intentando darle una salida metodológica a la vez que alterando la forma del problema. Entre sus varios desaciertos está el de haber querido unilateralizar la dialéctica de lo real y lo construido más allá de sus umbrales mínimos, y en consecuencia, el de universalizar una experiencia epistemológica-política históricamente particular, la de la cultura europea (Santos, Meneses

y Nunes, 2004). Entre sus aciertos está justamente el haber capturado la politicidad del problema y su solución epistemológica. Y por ello esta preocupación por el método de investigación se vuelve una preocupación visible por el *ethos*.

En sus errores y aciertos, ambas propuestas nos revelan que el problema de las fuentes no tiene una resolución definitiva y puramente teórica, porque es imagen especular del problema abierto y multifacético de la praxis. No es casual que estos mismos filósofos reflejaran este *ethos* en sus conductas de investigación: que antes de presentar sus logros extraordinarios, Descartes narrara en primera persona las penurias de la disciplina de aislamiento de las creencias heredadas; que los integrantes del Círculo mostraran en sus reuniones la vocación celosa, casi esquizofrénica, por prevenir que cada paso adelante en la discusión sobre el lenguaje asumiera algún presupuesto que no fuese controlable de manera colectiva y democrática.

Consideraciones finales

Nuestra mirada en la economía, en los artefactos de *agon* narrativo y en la epistemología muestra que el problema de la estructura de las fuentes en su relación con la realidad o la ficción no es anterior o independiente del problema de la estructura política de una comunidad en formación en tanto busca darse a sí misma ese problema. Historias individuales que actualizan, reiteran y mueven un sistema económico especulativo; trabajos estéticos que lidian directamente con esquematismos que proyectan mundos; una preocupación filosófica por y ante un lenguaje que se asume autofundante; cada saber disciplinario –en tanto marco organizador para el trabajo de una comunidad de investigación– genera un reflejo condicionado en el modelo político de la comunidad mayor, de la misma manera que cada modelo político fija lógicas de relación sionatural en que los saberes pueden formarse, circular y

apropiarse de determinadas maneras. Esto quiere decir que hay formas de justicia o injusticia en los modos de practicar el conocimiento de la misma manera que hay verdades o falsedades en los modos de acción política. Esto no supone un relativismo epistemológico o un reduccionismo a la política (esa noche donde todas las fuentes son secundarias), sino una dialéctica constitutiva, cuyas condiciones son variables a través de la historia y las culturas públicas. Así, toda organización comunitaria depende de las fuentes como *estructuras* de mediación en dos aspectos simultáneos y en tensión: uno tiende a cerrarse y estabilizarse (la diferencia entre lo creíble/lo increíble; lo imaginario/lo real; lo expresable/lo inexpressable), y otro tiende a abrirse y a indeterminarse. Las fronteras entre estos polos son siempre grises y difusas, un lugar donde se da el conflicto y se produce la transformación, un *proceso* abierto.

De esta dialéctica se pueden derivar dos aspectos fundamentales para comprender el trabajo de investigación con y de las fuentes. El primero es que el conflicto es intrínseco y vital al problema de las fuentes: para la variedad de modelos pluralistas de sociedad, cierto nivel de irresolución entre realidad y construcción *necesita* formar parte del problema de las fuentes. El conflicto intenso permite generar estos cierres y aperturas en la medida en que en ellos se revelan mejor la naturaleza y el alcance de nuestras razones, nuestros puntos ciegos y asimetrías, manteniendo a las personas en contacto con los fundamentos de lo que colectivamente se hace. Los conflictos por la validez de las fuentes no solo pueden y deben decirnos algo sobre la realidad fáctica, sino sobre la realidad moral, sobre ese *nosotros mismos* y los diversos proyectos de comunidad que lo tensionan y lo animan. El segundo es que toda justificación de fuentes en la investigación abre, además de una dimensión argumental, una dimensión del *hacer*. Los grandes programas metodológicos para la validación de fuentes siempre han sido, en simultáneo, prescripciones técnicas y morales. De ahí que cada investigación, de manera más directa o indirecta, escenifique interacciones entre lo verdadero y lo justo, y traccione movimientos de conservación o transformación social.

Bibliografía

Althaus, Thomas (2003). *Strategien enger Lebensführung. Das endliche Subjekt und seine Möglichkeiten im Roman des 19. Jahrhunderts*. Hildesheim: Olms.

Appadurai, Arjun (1996). *Modernity at Large*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Bajtín, Mijaíl (2005). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza.

Benjamin, Walter (2019). *Zur Kritik der Gewalt und andere Aufsätze*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp.

Bolaño, Roberto (2004). 2666. Barcelona: Anagrama.

Carnap, Rudolf et al. ([1929] 2002). La concepción científica del mundo: el Círculo de Viena. *REDES*, (18).

Costa, Sérgio (2022). Convivialidad-desigualdad: En busca del nexo perdido. En Mecila (comps.), *Convivialidad-Desigualdad: explorando los nexos entre lo que nos une y lo que nos separa* (pp. 31-62). Buenos Aires: Mecila/CLACSO.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1986). *Kafka: Toward a minor literature*. Minneapolis/Londres: University of Minnesota Press.

Descartes, René ([1641] 1975). *Meditaciones metafísicas*. Buenos Aires: Aguilar.

Fisher, Walter R. (1987). *Human communication as narration. Toward a Philosophy of Reason, Value, and Action*. Columbia: University of South Carolina Press.

Foucault, Michel ([1980] 2016). *El origen de la hermenéutica de sí*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Gess, Nicola (2021). *Halbwahrheiten. Zur Manipulation von Wirklichkeit*. Berlín: MSB Matthes & Seitz.

Heim, Sebastian (2013). Erklärungsansätze der Behavioral Finance zur Entstehung und Entwicklung der Finanzkrise. *Schriften zur Finanzwirtschaft*, (10), 1-63. <https://www.tu-ilmenau.de/universitaet/fakultaeten/fakultaet-wirtschaftswissenschaften-und-medien/profil/institute-und-fachgebiete/fachgebiet-finanzwirtschaft/investition/publikationen>

Iser, Wolfgang (1993). *Das Fiktive und das Imaginäre*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp.

Koschorke, Albrecht (2012). *Wahrheit und Erfindung. Grundzüge einer Allgemeinen Erzähltheorie*. Fráncfort del Meno: S. Fischer.

MacCormack, Patricia (2009). Vitalistic Feminethics. En Rosi Braidotti, Claire Coolerbrook y Patrick Hanafin (comps.), *Deleuze and Law: Forensic Futures* (pp. 73-95). Londres: Palgrave Macmillan.

Mbembe, Achille (2001). *On the postcolony*. Berkeley: University of California Press.

McHale, Brian (1992). *Constructing postmodernism*. Londres/Nueva York: Routledge.

Mead, George H. ([1934] 1972). *Mind, self, and society: The definitive edition*. Chicago: University of Chicago Press.

Mouffe, Chantal (2013). *Agonistics. Thinking the world politically*. Londres/Nueva York: Verso.

Peirce, Charles S. ([1868] 1988). El espíritu del cartesianismo. En José Vericat (comp.), *El hombre, un signo (El pragmatismo de Peirce)*. Barcelona: Crítica.

Rancière, Jacques (2000). *Le partage du sensible*. París: La fabrique.

Ricoeur, Paul (1983). *Temps et récit*. Tomo 1. París: Seuil.

Ricoeur, Paul (1990). *Soi-même comme un autre*. París: Seuil.

Santos, Boaventura de Sousa; Meneses, María y Nunes, Jorge (2004). Para ampliar el canon de la ciencia: la diversidad

epistemológica del mundo. En Boaventura de Sousa Santos (coord.), *Semear outras soluções. Os caminhos da biodiversidade e dos conhecimentos rivais*. Oporto: Edições Afrontamento.

Schaeffer, Jean-Marie (2015). *L'expérience esthétique*. París: Gallimard.

Sedgwick, Eve Kosofsky (2003). *Touching Feeling*. Durham: Duke University Press.

Shiller, Robert J. ([2019] 2020). *Narrative Wirtschaft. Wie Geschichten die Wirtschaft beeinflussen – ein revolutionärer Erklärungsansatz*. Kulmbach: Plassen Verlag.

Todorov, Tzvetan (1981). *Introducción a la literatura fantástica*. México: Premia.

Vásquez, Juan Gabriel (2015). *La forma de las ruinas*. México: Alfaguara.

Vogl, Joseph (2010). *Das Gespenst des Kapitals*. Zúrich: diaphanes.

Wittgenstein, Ludwig ([1953] 2004). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.